

respecto conviene hacer notar aquí: que la facilidad con que los antiguos improvisaban y propalaban sus rudimentarias doctrinas de ciencia, hacían de ésta antes motivo de dialéctica que de análisis; que todas las artes conocidas eran bellas; que la *falta de industrias*, de lo que en nuestro concepto moderno llamamos «industrias», y relegando á un lado la labor de los esclavos, es una de las primeras características de la época; el trabajo *material*, según la vieja ética, fué acto indigno del hombre libre...

CAPITULO II

ESPÍRITU DE LA EDUCACIÓN EN LA EDAD MEDIA

SUMARIO : § 19. De cómo el espíritu de la educación escolástica es la mejor expresión del espíritu de la Edad Media.— § 20. Edad Media: los tres elementos capitales constituyentes de su espíritu.— § 21. Proceso de generalización del espíritu de la Edad Media en todos los países de Europa.— § 22. Espíritu del escolasticismo.— § 23. Espíritu del ergotismo.— § 24. Manera del silogismo.— § 25. Concepto de Aristóteles y Platón en la Edad Media.— § 26. Rasgo característico de la educación escolástico medioeval: *rigorismo* ó *artificialismo*.— § 27. Origen de las universidades.

§ 19. *De cómo el espíritu de la educación escolástica es la mejor expresión del espíritu de la Edad Media.*— La última esencia del alma de la Edad Media es el espíritu de su educación. Siempre un sistema de educación es síntesis de su época, y cuando se trata de un interregno histórico cuyo proceso psico-sociológico es todo de homogenización y asimilación— de educación por excelencia—, esa síntesis debe ser la más absoluta. Tal ocurre con la educación de la Edad Media: retrata el desarrollo de su estructura íntima de una manera mucho más elocuente que todas sus demás instituciones y costumbres. Escudriñe el psicólogo el alma de un fraile godo que medita en la biblioteca de su convento, encenagado en sus pergaminos y envuelto en la penumbra de la luz que atraviesa, por la crip-

ta de una ojiva, una vidriera en que un artista de Maguncia ha representado el sacrificio de Holofernes; su frente se nubla ante las cuestiones bizantinas de las *universales*; sus flacas manos convulsivas hojean fojas de Santo Tomás; en un rincón fascina una « máquina de pensar »; dos ratas roen las puntas de un descomunal Aristóteles infolio abierto en el suelo, y una araña teje en la punta de su hilo invisible que cuelga de una cariátide, sobre la calva frente del asceta, como magnetizada por el rayo de sol que traspone la vidriera, por la esmeralda del anillo que lleva la mano sangrienta de Judith... Ahí, dentro del cráneo de esa frente estrecha y arrugada, borbotean millares de ideas, oscuras como enigmas. Oscuras como enigmas, porque todo el trabajo de la mente del fraile se reduce á *comprender* el pasado de Grecia y Roma, ó el pasado de Judea. Es una digestión lenta y progresiva. He ahí la Edad Media, mejor que en los torneos y los feudos, porque la edad intelectual es la que genera el futuro; y he ahí simbolizado el espíritu constante de la educación en la Edad Media, pues en el mismo sitio en que medita el fraile, mañana se abrirá el aula, y en breve surgirá una universidad.

Los tres factores capitales del intelecto medioeval (barbarie, clasicismo y cristianismo) son el tripode de su educación; las tres formas de su pensamiento (escolasticismo, ergotismo y silogismo) son sus tres maneras simultáneas de educar la mente, y las curiosas cuestiones de la ciencia medioeval son también sus grandes problemas pedagógicos.

§ 20. *Edad Media: los tres elementos capitales constituyentes de su espíritu.*— Tema interesante, lleno de oscuridades y de violencias, se ofrece al pedagogo

en el estudio de la educación medioeval. Son tres los elementos capitales que constituyen la época: los restos de la civilización clásica, el carácter de los bárbaros y el cristianismo.

Del naufragio de la civilización antigua, hundida por sus propios vicios, se salvan los pensadores y poetas griegos y latinos, pero no ya su espíritu, su estilo ático, su desenfado, su claridad, su exquisita elegancia. Flota la letra en el revuelto mar; el alma ha perecido. Así emergen los grandes libros de pergamino y tapas de madera en que estudian los eruditos la antigua filosofía, en latín al principio; apenas en el siglo XIII se inicia el estudio metódico del griego en Bolonia y Praga. Numerosos estudiantes franceses, ingleses y alemanes vienen á aprenderlo á estas universidades, y lo introducen luego en las propias. Entre ellos, dos ingleses de la universidad de Oxford, Grocigno y Linarco. Grocigno alquila, á su vuelta, en 1491, un aposento en uno de los colegios de la universidad (*Exeter College*), y es el primer inglés que enseña griego. De idéntica manera se introduce el estudio de ese idioma en las universidades francesas y alemanas.

El alma de los pueblos bárbaros tuvo un punto extraordinario de semejanza con el alma de los israelitas, padres del Cristianismo: la vehemencia, la intensidad de los sentimientos. Pienso, como he dicho, que el alma clásica debe su fuerza, su simpar claridad, su simpar elegancia, á que la masculina intensidad de su inteligencia avasalla la femenil delicadeza de sus sentimientos; su capacidad de pensar es mayor que la de sentir; su imaginación tiene más poder que su sensibilidad; concibe toda suerte de ideas grandes, pero no siente esas pasiones terroríficas, esos paro-

xismos de arrobamientos, esos arranques de odio insalvable que *son comunes* á judíos y germanos. Nada más trascendente en la historia de la humanidad que esa afinidad de dos almas de razas tan diversas; y de cuya afinidad surgen movimientos tan universales como la generalización del Cristianismo, la Reforma y la Contrareforma. Los *Eddas*, todas las epopeyas germanas (que pueden hoy sintetizarse en la tetralogía de Wagner, drama y música), están impregnados, aun desde antes de que Cristo venciera á Wotan, de un cristianismo terrible, profundo, socialista é individualista, fatalista y redentorista, que corre como aliento vital en todo el océano del alma germana, y que inflando las velas de la nave de la nueva religión, alentando las innatas pasiones de la esperanza, la fe y la caridad sajonas, la hace surcar victoriosamente á través de todos los obstáculos y de todos los abismos. Más aptos para sentir ese espíritu cristiano eran los rudos pechos de los bárbaros sajones y germanos, que los corazones latinos afeminados por la decadencia, corroidos por los vicios, débiles por el indiferentismo y apaciguados por la satisfacción de las glorias del pasado: La intensidad de la pasión religiosa de los israelitas, que revive á la evocación de Strauss y Renan, tienen más de un rasgo semejante á la pasión de los combates fanáticos y la profundidad de los sentimientos ideales de los modernos bárbaros de Taine. Los idólatras de los Niebelungen representan á los fariseos; la pasión de Pablo es la pasión de Wycliffe y de Lutero. «Por esa conformidad natural fueron capaces, los germanos, de hacer poemas religiosos que son verdaderos poemas: no se triunfa en las cosas del espíritu sino por la sinceridad del sentimiento personal y original. Si esos hombres pueden narrar tragedias bibli-

cas, es porque tienen un alma trágica y semibíblica. Ponen en sus versos, como los antiguos profetas de Israel, su fiera vehemencia, sus mortíferos odios, su fanatismo y todos los estremecimientos de su carne y de su sangre. Uno de ellos presenta la historia de Judith, con inmensos alientos; no hay como un bárbaro para presentar con toques tan enérgicos la orgía, el tumulto, el homicidio, la venganza y el combate (1)...»

El cristianismo, el tercer elemento que forma el característico espíritu medioeval, es el que menos necesita aquí desarrollarse en largas exposiciones, pues es un sentimiento definido, el más bello; y que todos y cada uno de los hombres civilizados sienten hoy palpitar en el fondo del alma. Idealistas y positivistas, sajones y latinos, católicos y protestantes, todos hemos bebido alguna vez en esa fuente de vida que se llama el Evangelio, y todos hemos vislumbrado alguna vez esa impulsión luminosa de la fe y de la esperanza cristianas, y sobre todo el ideal de la caridad, anacrónico hoy si se quiere, pero siempre sublime... El germano, guerrero por instinto, glotón, ebrio, rudo, vengativo, tenía en el arpa de su alma una cuerda delicada de compasión humana, de ingenuidad, de pureza, verdad, simpatía, abstracción, que el cristianismo supo hacer vibrar en medio de las sombras sangrientas de su barbarie. El latino en cambio, razonador, supersticioso, escéptico, burlón, despechado de la gloria, tibio en sentimientos, parco en ideales, no poseía en su alma, aunque más inteligente y cultivada, aquel rasgo excelso de sentimentalismo. He ahí por qué más íntima y fácilmente penetra el rayo de luz en las nieblas del Norte que en la claridad del Sur. El Sur

(1) H. Taine. Véase la traducción española publicada en esta misma Biblioteca.

lo acepta por convencimiento más que por simpatía: Roma llega á moverle cruenta guerra; y los germanos lo adoptan apenas lo comprenden, y aun antes de comprenderlo, más que por razonamientos de su ruda inteligencia, por afinidades de su psicología. Roma inmola millares de mártires, y Atila, el más terrible de los nuevos jefes, se detiene á las puertas de Roma por una súplica del pontífice San León; los latinos lo acogen como un hermoso *modus-vivendi* y un instrumento de poderío, y los germanos lo defienden porque lo sienten como si fueran sus autores, porque lloran la tragedia del Calvario con sus lágrimas más amargas... Cuando se la narra á Clodoveo, éste grita conmovido: «¡No haberme hallado allí con mis cien mil francos!» Pero los francos, ya por la proximidad romana, por mezcla de sangre, por contagio ó por espíritu original, bien pronto adquieren ese buen humor, esa indiferencia fácil, esa burla fina y delicada de un casi menosprecio de lo ascético que han de conservar en toda su historia; si exageran sus fanatismos, esos fanatismos están más en las palabras y en sus donaires y en sus hechos que en sus corazones; así, la galantería suele ser parte mayor en sus empresas que las pasiones políticas; así en su literatura incipiente son más ordenados, más inteligentes, más satíricos, mientras sus hermanos, los seides del Rhin, son tanto más violentos, más sinceros, más místicos, más profundos, de entusiasmos más duraderos y motivados... De entusiasmos tanto menos aparentes—y tanto más sentidos—que los de aquellos galos que Tito Livio tan memorablemente definió: *nata ad vanum tumultum gens...*

§ 21. *Proceso de «generalización» del espíritu de la*

Edad Media en todos los países de Europa.—La invasión normanda en Inglaterra no consigue acallar los impulsos de la sangre sajona; y de ahí que los anglosajones modernos guarden tanta similitud con las demás naciones germanas, y que se las puede clasificar á todas en un grupo, por oposición á las llamadas «latinas», en virtud de las afinidades de sus psicologías colectivas. El espíritu normando con todas sus reminiscencias de aticismo y latinismo puros, no cundió sino mediocre y pasajeraamente en ciertas clases de la grande y la pequeña nobleza invasora; el pueblo permaneció sajón en su espíritu, su lengua y sus costumbres, y por un proceso que llamaré de *homogenización*, pronto surgió del conjunto heterogéneo y abigarrado, como el oro del crisol que lo aquilata, el espíritu anglo-sanjón, que en cierto modo, se considera típico del «sajonismo» moderno. Y así como en Inglaterra á pesar de la invasión de un pueblo más culto y de carácter original, se operó lo que llamo la *homogenización* del carácter nacional, en la Europa toda privó, durante la Edad Media hasta el Renacimiento, por *contagio y preponderancia*, el espíritu bárbaro, traducido en parte en el feudalismo, en parte en la religión católica. Se extiende hasta en Italia, Francia y España; pero no mata en ninguno de esos tres países el carácter nacional, fenómeno innato é indeleble, como no lo destruye en Inglaterra la invasión normanda; lo palia, lo mitiga, lo despoja, lo desfigura simplemente, sin destruir su raíz, su tipo, su idiosincrasia. Ese carácter nacional—italiano, español ó francés—se perfilará nuevamente en el Renacimiento y la Contrareforma. El contagio del espíritu germano antes de esos movimientos es tan terrible, tan fundamental, que no sólo ahoga al antiguo clasicismo en su esco-

lástica infantil, en su intensidad sentimental, en sus exageraciones pasionistas, que en Italia misma, la Italia de Virgilio y de Lucrecio, pone en boca de Dante, no un poema guerrero y ordenado como la *Odisea* ó la *Eneida*, no una oda elegante como las horacianas, no una égloga, una sátira refinada, un canto de amor terreno, sino un grito inacabable de dolor y de esperanzas, tan acre, tan angustioso, tan exaltado, tan *bárbaro* como los propios *Eddas*. Si hay matices delicados y la estrofa es siempre regular y pausada en la *Divina Comedia*, es por un dejo feliz de latinismo que suaviza las demasiado ásperas rudezas de la inspiración del Norte; y las presenta en moldes más artísticos, pero sin alterar en manera alguna el rugido que la alienta: ese rugido parte de las selvas renanas; de los inmensos nublados en que Wotan truena oculto; de las mares febricitantes de Odino; de las cimas que estremecen los cascos voladores de los corceles de las Walkirias; de los mil bosques seculares en que silba la flecha del atleta en pos del oso y del venado; de los cánticos apasionados que junto al fuego entonan las voces potentes de los borrachos de hidromiel... del corazón germano, que vibra por sus afinidades con los locos y divinos taumaturgos de Judea. Tal es el imperio del Norte sobre el Sur; falso resulta, pues, ese lugar común tan repetido en los manuales de historia, de que, si bien los bárbaros conquistaron á Roma por las armas, Roma los conquistó con su civilización: el cristianismo es lo que conquista á los bárbaros y no la civilización romana. Por el contrario, en cierto modo es el alma de los bárbaros lo que avasalla á Roma, y la embota y atrofia, hasta que, crisálida de la Edad Media, surge de nuevo en el Renacimiento, alada mariposa.

Podrían, pues, sintetizarse así esos tres espíritus-fuerzas que tipifican el alma de la Edad Media: por una parte, la decadencia y debilidad del antiguo espíritu clásico; por otra, la preponderancia de la nueva sangre, la juvenil imaginación y la pasión épica, el impetu y la inocencia, el idealismo y la energía del espíritu bárbaro: y por la última, y como *elemento coordinante*, el espíritu cristiano, la palabra de paz, de ternura, de caridad, de esperanza, de redención; la palabra de Judea, que por coincidencia afina con los sentimientos de las nuevas razas dominantes, y no desentona sino débilmente, con la vieja civilización greco-romana, ya harto vaga en su degeneración senil. El triunfante elemento joven, pugnando por extender su generosa barbarie en todo el continente; el viejo elemento, tan extenuado en su potencial psicológico que no puede resistir á esa barbarie invasora, y se infecta de todos sus infantilismos; y en fin, el sentimiento cristiano, como arma de dominio en latinos, y en germanos como sincera fuerza de virtud, constituyen todo el proceso psico-sociológico del alma de la Edad Media, proceso de homogenización, contagio y recíproca prepotencia de sus factores.

Ahí surgen el feudalismo, la caballería, los esbozos de sistemas parlamentarios, las cruzadas, los torneos, los claustros, los juramentos, las guerras privadas, los galanteos platónicos en que se erige la dama en Dios, la pasión ascética en que la idea de Dios todo lo envuelve como en las almas de los videntes brahmanes y budistas, la poesía tosca y profunda cuando es espontánea, falsa y frívola cuando imita la ática de la antigüedad, la gleba brutal, la ignorancia, los éxtasis, el escolasticismo, las universidades...

¿Quiénes enseñan, quiénes aprenden, qué se estu-

día, dónde y cómo se estudia en esa larga noche tempestuosa?

§ 22. *Espíritu del escolasticismo.*—Como resultado de la bastedad del intelecto sajón, de su afán de instruirse como raza aspirante por excelencia, de sus tendencias á la contemplación mística de alto vuelo, y de la decadencia latina, surge una manera pueril del pensamiento: el *escolasticismo*. El alma bárbara, que se ha compenetrado hasta la identificación con el sentimiento cristiano, es incapaz de comprender las sutilezas de la *inteligencia* greco-romana; sin embargo, las admira, se siente fascinada por su aureola de intelectualidad superior... ¿Cómo se manifiestan en la práctica esa admiración, esa relativa capacidad de comprender, y esa alta facultad de sentir? El espíritu investigador de los pueblos nuevos escudriña los textos del pasado paganismos grecoromano; no entiende su sutileza de argumentación; dominado por el espíritu cristiano, no simpatiza con ese paganismo (simpatía, afinidad y comprensión son casi un mismo fenómeno psicológico); pero persiste en su estudio, siendo la persistencia, la constancia en las empresas arduas, una de sus características de raza. ¿Qué resulta de ese estudio singular, que es como una batalla del intelecto contra lo imposible? Resulta que se aprende la letra clásica, la *letra muerta*; se erige en magisterio, en soberano absoluto, esa letra muerta; se la aprende de memoria, se la comenta, se la glosa, se la aplica, sin poseer su espíritu; y se puebla el mundo de la imaginación de ideas muertas, de frases huecas, de principios anacrónicos, de infinitas extravagancias, de complejidades sincréticas, de arcaicas paráfrasis, de indescifrables anfibologías. Tal es el escolasticis-

mo, que contagia á todos los espíritus, hasta los más ilustres. Alberto Magno inventa una «máquina de hablar», ó sea de dialéctica, y Raimundo Lulio (si no es calumnia de los averroístas) pretende haber construido otra «máquina de raciocinio» á manera de inteligencia; eso es el escolasticismo. Santo Tomás mismo, estudia grave y largamente «si el cuerpo de Jesucristo resucitado tenía cicatrices; si ese cuerpo se muere en la hostia y el cáliz durante la consagración; si Cristo, en el primer momento de su concepción, tuvo el uso del libre albedrío; si Cristo recibió la muerte por sí mismo ó por otro; si la paloma que apareció al Espíritu Santo era un animal verdadero; si un cuerpo glorificado puede ocupar un solo y mismo lugar á la vez que otro cuerpo glorificado; si en estado de inocencia todos los niños hubiesen sido varones», etc., etcétera. Muchos de esos dislates se reputan intraducibles (1). Compárense esas patrañas á los estudios anteriores de San Agustín, y se verá cómo el escolasticismo es obra de los bárbaros, en época en que la decadencia latina priva al mundo del pensamiento latino; y por otra parte, se contagia con la raza vencedora y acaba de perder hasta el Renacimiento, toda su espontaneidad, ya que antes perdió su fuerza; el misticismo y la ignorancia germanas favorecen la ambición de la Roma casi idólatra de los siglos medios, y la ayudan á plantear un dogma tan terrible, que á

(1) «Utrum martyribus aureola debeatur? Utrum virgo Maria fuerit virgo in concipiendo? Utrum remanserit virgo post partum? Utrum angelus diligat se ipsum dilectione naturale vel electiva? Utrum in statu innocentiae fuerit generatio per coitum? Utrum omnes fuissent nati in sexu masculino? Utrum cognicio angeli posset dici matutina et vespertina?»—*Summa theologica*; París, 1677.

quien se aparta un ápice de las respuestas ortodoxas á cuestiones como las citadas, se le excomulga, se le destierra, se le encierra, se le condena á ser quemado vivo, como á Roselindo, Abelardo, Galileo, Bacon, que tan á tiempo muere. ¿Cómo la incontestable virilidad de los pueblos de Atila, Alarico y Clodoveo tolera y aun produce tales iniquidades, sino por la rudeza de su intelecto, las batallas continuas de su vida y la pasión de su cristianismo?...

§ 23. *Espíritu del ergotismo.*— El tesón es una de las características del alma de los pueblos invasores; y este tesón, aplicado á las investigaciones pseudo-eruditas, y esterilizándose por las apuntadas causas, produce todo este fárrago inconmensurable de las especulaciones de la inteligencia medioeval: ¡engendra el *ergotismo*!

El alma mística, tanto más profunda en sus sentimientos que en su potencial de discurrir, produce el espíritu escolástico; este espíritu, siempre desamparado por una primitiva inteligencia harto ruda, y con el estímulo de un carácter colectivo el más audaz y persistente que lo espolea á la concreción del pensamiento greco-romano, inventa el ergotismo. Lo resucita, mejor dicho, de los antiguos sofistas paganos. El escolasticismo representa, en primer lugar, extraordinaria capacidad para sentir; en segundo, débil poder para pensar; en tercero, indómito tesón de conquista del antiguo intelecto, que Aristóteles resume. El ergotismo representa, en primero y único lugar, ineptia de pensar, impotencia de raciocinio, incapacidad de entender el espíritu de la clásica dialéctica. El ergotismo es, por tanto, una fatigosa manera de discutir, evadiendo el fondo del asunto, *como si fuera inabordable*

para el cerebro que lo trata, y escapándose por continuos subterfugios. Consiste en evitar la plena libertad del razonamiento, encerrándolo en los estrechos límites de inacabable encadenación de silogismos. El discurso sigue entonces por un larguísimo camino todo obstáculos, perdiéndose en vírgenes vías tortuosas, sin marchar directamente á su fin. Es como un pesadísimo carromato atascado en medio de un terreno erizado de breñas, zanjas, collados, pantanos, bosques, ruinas, tinieblas; en vano tiran en todos sentidos los corceles incansables de las Walkirias y de Alaricos: ¡no avanza todavía! Ni una idea nueva se conquista en esos siglos oscuros; pero *se asimila*. Y una vez asimilado el pensamiento antiguo; una vez desbrozado el terreno; abierto el camino; una vez partido el carro de Wotan, ¿quién detendrá, quién podría seguir esos hipogrifos del pensamiento bárbaro, desbocados, para asombro de propios y extraños, á través de las insondables simas de la metafísica, de las investigaciones eruditas, del arte simbolista más complejo, de la ciencia más detallista y más generalizadora?

§ 24. *Manera del silogismo.*— En el siglo XII se populariza la enciclopedia de Aristóteles, y esa enciclopedia es extendida, desmenuzada y extraviada con todo el juvenil ardor de la novísima sangre gótica. Y sobre tales cimientos pseudo-aristotélicos, constrúyense inmensas ciudades laberínticas de silogismos, donde el ánimo se pierde en dédalos y más dédalos de los rumbos insondados de aquel oscurantismo inaudito.

Se quiere imitar la elegante claridad del razonamiento griego, y como esa claridad producto fué de una sutileza intelectual que bien lejos está de poseer la nueva raza, se copian y exageran sus formas sin

penetrarse de su espíritu: se consagra la *omnipotencia* del silogismo. Ese macilento sistema del silogismo es el arma de la escolástica; y con esa pesada arma se trabaja en el bloque de la inteligencia bárbara, sin añadir, en siglos de durísima labor, « un solo pensamiento á la inteligencia humana ». Más aún: sin comprender siquiera los pensamientos del pasado. Sólo se siente con intensidad el cristianismo; pero, en cambio, ¡con cuánta torpeza se piensa! Se borronan de letra menuda páginas y más páginas, infolios y más infolios, inagotables bibliotecas de manuscritos, para dilucidar, como Pedro Lombardo en un libro típico de su época, el *Manual de las sentencias*, « si la divina esencia engendró al Padre ó fué engendrada por el Padre; por qué las tres personas juntas no son mayores que una sola; que los atributos determinan las personas, y no la sustancia, es decir, la naturaleza; cómo las propiedades pueden estar en la naturaleza de Dios y no determinarla; si los espíritus creados son locales y circunscribibles; si Dios puede hacer que, conservándose el lugar y el cuerpo, el lugar no tenga posición, es decir, existencia en un lugar; si es propiedad constitutiva en la primera persona de la Trinidad la imposibilidad de ser engendrada... » Generalísima fué, y aun hoy, bien popular es la distinción de Duns Scoto en « tres materias »: la materia primeramente primera, la materia secundariamente primera, y la materia terciariamente primera; según él, ¡hay que atravesar ese seto de espinosas abstracciones para comprender... « la producción de una esfera de bronce » ! Todas estas ya citadas cuestiones teológicas pueden llamarse accesorias: los problemas fundamentales de esa pasmosa *ciencia* medioeval, que consiste en hallar imposibles y desarrollar distingos y teorías que nadie entiende, son:

en alquimia, fabricar oro; en astrología, adivinar el futuro por la marcha de los astros; en matemáticas, hallar la cuadratura del círculo; en metafísica, la piedra filosofal.

Pero el tema capital, aquel que todo lo abarca y sintetiza en sus multiformes fases, aquel sobre el cual se elaboran los más pesados mamotretos de silogismos opacos, asunto el más árido y enmarañado, que complican sutilezas griegas, oscurantismos árabes, antiguas vaguedades góticas, es el de las *universales*. En él se ceban varios siglos como chacales hambrientos en putrefacto cadáver.

Y no se piense que sólo en los países del Norte se discuten tales proposiciones; la inteligencia latina, degenerada en una anemia que la postra, las sigue, las acepta, y aun las exagera, con esa facilidad que le fué siempre característica de dar varias y ricas formas á sus pensamientos más indiferentes; esas cuestiones se enseñan, estudian y dilucidan en Italia, España, Francia, y tal vez con mayores bríos aún que en el Norte, por esta misma verbosidad típica de los pueblos europeos meridionales. Y no sólo en teología se profesan, sino en todo los ramos del saber; y no sólo los clérigos en los principios de la Edad Media, sino también otros ilustres pensadores se contagian, hasta el momento de estallar, como un pistoletazo, el Renacimiento. Entre ellos, Grocio, hoy llamado « padre del derecho internacional público ».

La inteligencia humana, el futuro de la cultura europea, todo lo cual estaba representado entonces por la vigorosa raza nueva y la desgastada raza otrora imperante en el mundo todo, pasaba una larga época de absoluto embotamiento de sus sentidos y facultades.

Tal es la edad, tal su educación. Los nobles y los poderosos en sus continuas luchas y cacerías, ni enseñan ni aprenden; para su papel en aquella vida terrible de violencias, no necesitan más conocimientos que el manejo de las armas ó de sus instrumentos de industria. En la más alta nobleza del Norte, antes del siglo XIV, pocos magnates saben firmar. El estudio se refugia en los claustros. Así surgieron las primeras universidades, tales como Bolonia, Praga, Salamanca, Alcalá, París, Oxford, Cambridge. El conjunto de sus estudios se puede dividir en dos partes: el Cristianismo, el paganismo clásico. Para el Cristianismo, la Biblia, los santos padres; bajo la doble opresión de la apasionada ignorancia de los godos, francos y germanos, y la apasionada ambición impotente de los italianos degenerados. Esa enseñanza no ha dejado raíces hondas en la educación moderna, salvo en teología. En lo clásico, los pensadores antiguos que no se entendían en un principio, se comprenden á medias hacia el fin de la época, cuando la aurora tiñe de rosa el Occidente, donde horadan su púrpura, como interrogantes, negras cumbres ignotas de nuevas tierras...

Veamos ahora si esa medioeval enseñanza *clásico-profana*, es decir, la que se apartaba del orden religioso, ha dejado rastros en la educación moderna. Consistió en la vieja sabiduría: Aristóteles en filosofía, Galeno en medicina, Ptolomeo en astronomía, Euclides en matemáticas... Pues bien; harto evidente es que esa instrucción no ha legado á los modernos estudios sociales, tantas bases como, en su género, perpetuara la *teológica* hasta los actuales seminarios eclesiásticos. Si entonces aquella enseñanza tenía por objeto hacer aprender lo más adelantado que se conocía en ciencias y artes, hoy los estudios clásicos realizan

otros fines no menos trascendentales: el conocimiento de los orígenes, fundamentos y primer desarrollo de la ética y la estética de la civilización europea del pasado, del presente y del futuro.

§ 25. *Concepto de Aristóteles y Platón en la Edad Media.*—El absurdo empeño de oponer Platón á Aristóteles es uno de los motetes sempiternos de la escolástica. Como no se estudiaban los originales en griego, sino los «comentaristas» en latín, ignorábanse las fuentes á las cuales se acudió apenas iniciado el Renacimiento. De esta ignorancia, complicada con las antinomias sincréticas de los alejandrinos, las abstrusidades de los teólogos, las menudencias de los árabes—así como de otra ineptia, más honda aún: la ignorancia de la *verdadera* psicología helena—, surgían los más extravagantes conceptos de Aristóteles y Platón.

Aristóteles fué, de los dos gigantes, quien más directamente influyó en la educación del género humano. Encarnó aquella rígida disciplina dogmática del *liceo*, de tan decisiva influencia. No se le discutía: se le comentaba; y de esos «comentarios» resultó ampliamente falseada su doctrina: el Aristóteles escolástico. Más que un hombre, era un símbolo de ciencia; y quien dijo «ciencia» en la Edad Media, «servidumbre» dijo.

Pero á Platón, apartándosele de la nueva doctrina del *liceo*, se le personificaba en el modo poético de la *academia*. Era el tipo eterno del titán insubordinado. En ese supuesto espíritu de rebeldía que se atribuía estribaba su singular belleza masculina de símbolo intelectual; pero esa belleza no hubiese bastado á sostener la bandera de su nombre en la época de enervamiento de los más oscuros siglos medios, si no hubiera contribuido otro rasgo: San Agustín proclamó á Platón «el

más cristiano de los filósofos paganos». He ahí por qué nunca se extinguió, ni en aquellas centurias de absoluta tiranía pseudo-aristotélica, su culto. Más tarde, en los albores del Renacimiento, y antes de que el estudio concienzudo de las fuentes demostrara que no había tan terrible antagonismo entre los dos maestros, la *academia*, invocando los manes de Platón, inició la rebeldía del *escepticismo crítico*.—Y es delicioso observar después de tantos siglos, como he observado, que ese algo vago de insubordinación idealista, un no sé qué cristiano, que evocaba contra el Aristóteles escolástico el nombre del «divino Platón», hoy mismo se cita, en su vieja forma, en las universidades inglesas; pero ya no contra dogmáticos pseudo-aristotélicos, sino contra el *evolucionismo positivista* de allende el aula, de Darwin y de Spencer.

§ 26. *Rasgo característico de la educación escolástico-medieval: rigorismo ó artificialismo*.—Clasificó Zenón á sus discípulos en dos categorías: los unos que llamaba *φιλοσοφους*, curiosos en la asimilación de las ideas, fueron sus predilectos; los otros, que designaba con el nombre de *λογοφιλους*, los memoristas, no retenían más que el lenguaje. Con la decadencia de Grecia, al disminuir la inteligencia nacional (al *debilitarse* la psicología del pueblo), fatal es que menguaran los primeros y aumentasen los segundos.

Extinguido el genio heleno, los pueblos bárbaros y los semi-bárbaros de la Edad Media que heredaron su cultura á través de los romanos, por su rudeza primero, y luego por su consignado *desequilibrio* psicológico, se empeñaron en entender su pensamiento y sólo imitaban forzosamente su dialéctica. De ahí el carácter típico de la educación medioeval, tan esen-

cialmente rigurosa y represiva: su falta de espontaneidad, ó sea su *artificialismo*. Los educandos no tenían capacidad suficiente para entender la cultura greco-latina: ¿cómo instruirlos? Forzándolos á un estudio para el cual no estaban hechos. Sus mismos profesores no habían podido asimilar esa cultura: ¿cómo forzar á los discípulos, entonces, á digerirla? Con una educación cruel, obligada, continua, imponiendo las fórmulas, trabajando la memoria, *supliéndose la pobreza imaginativa con la riqueza de datos*. Además, para complemento, el espíritu teológico de la época despreciaba el culto físico del animal-hombre. ¿Qué debía resultar de esa tentativa doblemente artificiosa, por tratar de ingerir al intelecto lo que éste no podía asimilar, y por el absurdo desprecio del ejercicio físico de que el cuerpo sano no puede prescindir? El *rigorismo* de la educación escolástico-medioeval, el único *modus-operandi* posible de esa penosa elaboración, que tan triste fuera en su presente como felizmente fecunda para preparar la inteligencia del futuro...

Todo escolar de la Edad Media, desde Alcuino hasta Pico de la Mirándola, debió ser un memorista de aquellos que Zenón clasificara *λογοφιλους*. (Sólo los teólogos disimulaban su escasez intelectual en alas de su rico misticismo, que suplía con el sentimiento lo que al raciocinio faltaba.) Con tal *materia prima* y tratándose de maestros que tampoco habían comprendido de la antigua cultura más que sus formas externas, se explica el espectáculo dolorosísimo de una escuela medioeval. Instrucción secundaria, no existía. La universidad era un claustro, pues sólo en el aislamiento podían trabajar el débil intelecto y la vigorosa memoria. Pero la escuela es una cárcel; su lema de trabajo es que «la letra con sangre entra»; su principio de re-

ligión, que el cuerpo es despreciable podredumbre; sus horas de labor duran cuanto se pueda soportar en la vigilia; sus locales son oscuros y húmedos; su disciplina, claustral; sus textos, mamotretos interminables; sus estudios, los más áridos, porque se aprende de corazón el texto, sin que el espíritu penetre en el cerebro; se arguye con palabras y se desprecian las razones; hasta el idioma materno es sustituido por lenguas muertas cuyos suaves matices no puede representarse la rudeza de educantes y educandos; y para colmo, toda actividad ó goce que no sea ascético, queda proscrito. Ocurre preguntar aquí cómo la salud de los jóvenes podía resistir tan portentoso trabajo sin que la fatiga y la debilidad cerebral se extendiesen al punto de escarmentar á los verdugos-pedagogos. Ello se explica por el vigor de herencia; por la fuerza ingénita de la raza nueva, aun incontaminada de civilizaciones enervantes; por el afán de aprender de los bárbaros; por el aprecio del vencido en amor al triunfo del pensamiento; por su misma bastedad intelectual que renueva de continuo bríos que á una imaginación más sensible hubieran quebrantado.

En los albores del Renacimiento levantaron la voz, al unísono, la higiene y la pedagogía. Ya la inteligencia bárbara estaba desbastada; ya se comprendía mejor á los antiguos; ya la duda corroía lo absoluto de los dogmas; ya la imaginación, más delicada, trabajaba más aunque la memoria hablase menos; y ya, en fin, los esfuerzos gigantescos del espíritu de generaciones de generaciones, habían sensibilizado las mentes, que no podían resistir tan rigurosa disciplina. Todo imponía la reacción.

§ 27. *Origen de las universidades.*—Dos órdenes de fenómenos produjeron desde el principio hasta el fin de la Edad Media, lo que se ha llamado la «exclaustración de la ciencia», que con más exactitud debiera denominarse *exclaustración del pensamiento*, porque todo el proceso intelectual de la época se refugió bajo el palio protector de la religión triunfante.

Por una parte, la violencia del hierro, el continuo batallar de una edad férrea, impuso, á quien quería entregarse al estudio, el retiro del mundo. Por otra, los misterios de una religión nueva, espiritualista, profunda, *teológica* por excelencia, obligaron á sus sacerdotes al cultivo de la idea, en siglos en que el seglar batallaba y sentía, pero no pensaba. Así se produjo, forzada por esa doble coacción de la fatalidad histórica, la *inclaustación del pensamiento*.

Verdad es que hubo algunos ensayos aislados de escuelas más ó menos laicas; entre ellas ha dejado mayor nombre en la historia la que instituyó Carlo Magno en su propio palacio, y que fué dirigida por Alcuino. Pero es de notar que en ninguna de esas escuelas, incluso la mencionada, se siguieron estudios *regulares*. La asistencia era ocasional; los concurrentes, hombres hechos generalmente, acudían allí, no á seguir cursos metódicos, sino á consultar á los docentes sobre tales ó cuales dudas. Por ello la enseñanza se verificaba casi siempre en forma de diálogos, de cuya puerilidad nos ha dejado Alcuino muestras elocuentes; y por ello, en fin, se agitaban allí las pasiones del siglo, perturbando la tranquilidad indispensable á toda enseñanza formal.

No nacieron las universidades engendradas por la iniciativa oficial de ningún poder político, porque aun entonces, política era sinónimo de fuerza. Todavía no

se columbraba, ni como lejana visión del futuro, la moderna noción de los derechos y los deberes del Estado.

Luego, dado que el Estado ignoraba en absoluto su obligación de educar, la educación debía ser patrimonio exclusivo de los particulares. Como efecto de la psicología humana, como natural consecuencia de la innata necesidad de expansión, y acaso por un bello prurito de vanidad, ó por mandato de un deber religioso, ello fué que el inclaustrado que se entregaba al estudio, abrió el aula á la enseñanza. Por iniciativa espontánea de diversos monjes y religiosos, emergieron de la penumbra, en Italia, España, Francia, Alemania, Inglaterra, en Europa toda, los «claustros docentes». Más tarde, por la universalidad de su enseñanza, se llamaron «universidades». Y la primera función histórica de esos órganos vitales de toda sociedad progresista, fué extender la ciencia, que era patrimonio de los clérigos, sobre el mundo seglar, ó sea *exclaustrarla*..., sacarla de una penumbra mohosa y polvorienta, para exhibirla ante la luz del mediodía!

La universidad de Bolonia, repútase decana. Su origen se remonta al siglo v. Dícese que fué fundada por Teodosio II en 443; pero no existe ningún documento fidedigno á su respecto, anterior al privilegio copiado del que Justiniano concedió á Baireuth. Es curioso é instructivo recordar que dicho documento fué dado en Roncalia por Federico Barbarroja para proteger á los extranjeros que fueran á estudiar á dicha ciudad contra todo género de vejaciones, eximiéndolos del proceso por delitos ó por deuda y permitiéndoles que pudiesen elegir la jurisdicción particular de los profesores. Es este el más anti-

guo reconocimiento conocido de la *jurisdictione universitatis* (1).

En un principio no se estudió allí más que jurisprudencia, ó sea derecho romano, y después se añadieron las *artes liberales* (*artes*, lo que en Oxford y Cambridge se llama aún *arts*) y la medicina; y finalmente, Inocencio IV instituyó una escuela de teología según

(1) He aquí, á guisa de ejemplo genérico, cómo se rige dicha jurisdicción en la universidad de Oxford, por un estatuto de 1636: § 1. *De jurisdictione universitatis tuenda*. «Cum non solum juxta privilegia a serenissimis regibus inolit; hujus regni et praelatis, studiosorum tranquillitati gratiosae consulentibus, concessa et indulta, verum etiam secundum diuturnam consuetudinem quae memoriam hominum excedit, potestas cognoscendi ac terminandi omnes causas, scholares aliasque personas privilegiatas quoquo modo concernentes (exceptis causis liberi tenementi, mahemii felonae, et proditicianis), ad Consularii Universitatis jurisdictionem spectet et pertineat: statutum et quod nullius scholaris vel persona privilegiata de quacunque causa in Universitate terminabili quemdam in curia aliqua extra Universitatem (nisi ordine appellationis cervato) conveniat; nec cujusquam alterius curiae juris, dictione ultro se submittat; sed alibi impeditus cancellarium vel vicecancellarium—quumprimum poterit, de lite sibi intentata certiore faciat; et modis quibus poterit privilegiorum Universitatis hac in parte conservationem sollicite curet; sub poena quod, si quis scholaris vel persona privilegiata secus fecerit ut perturbator pacis incarceretur et mulctetur; et, si in contumacia persisterit, privilegiis Universitatis exuatur. Persona vero non privilegiata vel oppidanus qui scholari vel personae privilegiatae extra Universitatem in hujusmodi causis litem intentaverit, commercii, cum scholaribus et personis privilegiatis interdicto, donec satisfecerit coerceatur: extraneus vero tanquam jurisdictione Universitatis contemptor, si apprehendi poterit, incarcerationetur. Cancellarius etiam et vicecancellarius, omnesque alii, pro sua cujusque auctoritate ac potestate, quo minus in hac parte Universitatis privilegia violentur, se fide sua Universitatis data teneri et obligari noverint (Statuta Universitatis Oxoniensis, pág. 326. Oxonii; MDCCXCIV).»

el modelo del que ya en aquellos tiempos había empezado á funcionar en la célebre ciudad de París. Regentaba la universidad un rector, que debía ser letrado, célibe, tener veinticinco ó más años, gozar de cierta posición social, haber estudiado el derecho á su costa á lo menos durante cinco años, y no pertenecer á ninguna orden religiosa. Duraba un año en sus funciones, y era elegido por el voto del rector precedente, de los consejeros y de algunos electores á quienes elegía la universidad. Su personalidad adquirió tanta importancia, que en las ceremonias públicas precedía á los obispos y arzobispos, excepto el de Bolonia, y hasta á los cardenales seculares. En el siglo v se llegó á darle el título de *magnífico* (1).

La universidad, ayudada por la respetuosa condescendencia de los poderes públicos, para atraer estudiantes, les prometía y concedía una serie de garantías y privilegios. Cada «nación» se hacía representar por uno ó dos «cónsules», que, presididos por el rector, constituían el senado universitario para el gobierno de las dos corporaciones. Porque la universidad estaba dividida en dos partes, según «naciones»: una de los ultramontanos, que comprendía diez y ocho; otra de los citramontanos, que contaba diez y siete.

Es interesante consignar que en aquella época de

(1) Véase la importancia que da al canceller de la Universidad de Oxford un estatuto de 1636, aún en vigencia: «Insignissime et honoratissime, etc. Tu dabis fidem quod omnia et singula statuta libertates, consuetudines, jura et privilegia istius Universitatis, quaquumque partialitate remota, indifferenter, bene et fideliter, quantum in te fuerit et ad tuam notitiam devenerint, durante officio tuo tueberis et conservabis. Item quod ea omnia fideliter exequeris quae ad officium summi Universitatis consularii spectant. Resp. «Do fidem.» (Estatutos cit., pág. 252.)

luchas y exacciones, la universidad tomaba especialmente bajo su jurisdicción y garantía á los estudiantes extranjeros; dejando sometidos á los ciudadanos escolares de Bolonia, salvo para casos especialísimos, á la jurisdicción de la municipalidad de dicha ciudad.

La disciplina estaba estrictamente reglamentada. Los estudiantes, en el acto del ingreso, y los profesores, en el acto de la promoción, debían prestar juramento al rector y á los estatutos. Todos podían ser multados, suspendidos y expulsados.

Los cursos duraban un año, con tres meses de vacaciones. Las lecciones se daban por la mañana al toque del Ave María, y algunas después de las siete de la tarde. En la enseñanza oral, los cursos se dividían en ordinarios y extraordinarios, según los textos.

Sucesivamente, se fueron instituyendo en toda Europa universidades de este tipo. Tales fueron las de Pisa, Praga, París, Salamanca, Alcalá, Oxford, Cambridge y otras muchas.

El espíritu de corporación fué menos estricto que en otras universidades medioevales, en la de París, por ejemplo, pues ésta sólo comprendía á los profesores. Poseía facultades de teología, derecho y medicina, siendo las primeras las más célebres de Europa. Se dividía en cuatro «naciones»: la francesa, la picarda, la normanda y la inglesa.

Sólo las dos clásicas universidades de Oxford y Cambridge han perpetuado hasta nuestros tiempos su arquetipo medioeval. La descripción de su organización actual, que haré en su oportunidad, es también la de sus formas antiguas. El único rasgo capital que ha desaparecido en ellas, es la división en «naciones», las cuales fueron hasta el siglo pasado, puede decirse,

estas cuatro: dos del Sur, Inglaterra y Gales, y dos del Norte, Escocia é Irlanda.

Por razones político-religiosas, desde el principio del siglo XVIII los irlandeses se han retirado de ellas. Ingleses y escoceses, forman hoy un todo unido. Y en cuanto á los galenses, si es verdad que por su carácter y dialecto se encuentran relativamente aislados y frecuentan de preferencia ciertos colegios, no forman ya una entidad constituida en el organismo de esas universidades.

CAPITULO III

ESPÍRITU DE LA EDUCACIÓN MODERNA

SUMARIO: § 28. El pensamiento español en los albores de la pedagogía moderna.—§ 29. Edad moderna: primeras consecuencias generales del Renacimiento.—§ 30. El espíritu de la educación moderna, sintetizado por Rousseau.—§ 31. Principales resultados intelectuales del espíritu moderno.—§ 32. Primeros casos concretos de educación moderna que presenta la historia: los Médicis.—§ 33. Influencia de la Reforma sobre la educación.

§ 28. *El pensamiento español en los albores de la pedagogía moderna.*—No entraré en el estudio del sello que impusieron al renacimiento de la pedagogía moderna en Italia, en Francia y en Alemania, pensadores de universal nombradía, tanto por ser ello harto vasto y trillado, cuanto porque no ha tenido influencia *directa* en las tradiciones de ascendencia de la educación de los países hispano-americanos. No así la evolución del pensamiento español del siglo XVI, que podría, también universalmente, conceptuarse precursora del espíritu de la educación moderna.

Olvidan la casi totalidad de los autores que han estudiado las evoluciones del intelecto medioeval, al exponer las precursiones inmediatas del Renacimiento y remotas del posterior nuevo-humanismo, el papel prin-